

Boletín de la Juventud

MARIA C. DE LARA *A.*

PROPOSICIONES A LA SEGUNDA
CONFERENCIA PAN-
AMERICANA DE MUJERES

3321-3336

FB
46.013
G318p



LA PAZ - BOLIVIA

Imp. "Renacimiento". -- La Paz

00905

0016183336

17-X-15

Proposiciones a la SegundaConferencia Panamericana

(TERCERA SECCIÓN)

- I.—La misión más hermosa de la mujer, es ser madre.
- II.—Su virtud mayor, eriar ella misma a su hijo.
- III.—Si es hermoso dar hijos a la patria y criarlos fuertes, es obligatorio educarlos para que sean ciudadanos patriotas.

María C. de Lara

UNIVERSIDAD BOLIVIANA
UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS
BIBLIOTECA CENTR
La Paz — Bolivia

Hace poco, el Ateneo de la Juventud de La Paz, convocó a un concurso, solicitando la opinión femenina sobre «Los deberes de la mujer boliviana», sin duda con la noble mira de ver atacado y resuelto el problema de lo que ha de hacernos lo que debemos ser como nación, ya que nuestro vasto suelo patrio, dotado de inconmensurables fuentes de riqueza natural, está clamando por población y por directores conscientes y fervorosos del porvenir que la naturaleza pródigamente le ha deparado.

El tema es amplio y puede comprender a todos los pueblos de la América hispánica.

El postulado, desde luego, me trae el recuerdo de algunos artículos del doc-

tor Adolfo Flores, que lei hace algún tiempo y que podría ahora condensar en las siguientes máximas: La misión más hermosa de la mujer, es ser madre; su virtud mayor, criar ella misma a su hijo.

Esos sabios consejos, insospechables porque datan de tiempo atrás, cuando el eminente médico todavía no era un político, necesitan complementarse para responder con exactitud y sencillez al interrogante sobre los deberes de la mujer ante su patria, añadiéndoles una tercera excelsa verdad: si es hermoso dar hijos a la patria y criarlos fuertes, es obligatorio educarlos para que sean ciudadanos patriotas.

En estas tres virtudes pueden resumirse el rol augusto de la mujer para con su patria.

Son también los tres puntos que me propongo abordar sin las pretensiones de estudiosa sino de simple observadora, ante la realidad de los hechos que reclaman la atención oportuna, porque es menester no esperar que el mal, ya exte-

riorizado, llegue a su forma aguda, para que recién se despierte la conciencia del peligro y la responsabilidad.

Desgraciadamente, en cuanto a la primera de esas virtudes, algo amenazante ocurre.

Claro es que al abordar este punto, no es posible prescindir de ocuparse de algunas enfermedades graves que reclaman atención, porque si es doloroso y hasta peligroso para una señora hablar de ellas, callar importaría una verdadera cobardía.

Desearía que la suerte me acompañe para expresarme con el tino y acierto que el escabroso tema exige.

Me refiero a un mal que, extraño hasta hace poco en estos países de la América hispánica, hace hoy camino más o menos rápido hacia la esterilidad voluntaria; y que, aunque murmurado y censurado día a día, de secreto en secre-

to, no ha merecido atención mayor como para intensificar una verdadera campaña de reacción digna de la importancia del problema.

Es necesario hablar, porque no se cura el mal ocultando la llaga.

Si es triste contemplar el espectáculo de los hogares involuntariamente estériles, lo es mucho más el de los que presentan esa tristeza por culpa antecedente de quienes disipan su juventud; y peor todavía de quienes cierran criminalmente las corrientes de la vida!

Si es digna de consideración la madre infecunda que no ha visto alegrado su hogar con la venida del esperado infante, ella puede tener, para su consuelo, la senda de la caridad cristiana para que ejercite una maternidad adoptiva en favor de los huérfanos y de los desvalidos, sirviendo así a la humanidad y a la patria. Pero el cuadro cada día más amplio de la plaga social de matrimonios estériles por agotamiento, es más digno de conmiseración, aunque se ale-

que que la improductibilidad sea preferible a las taras que traen a la vida los raros hijos de estas uniones, evitando así que el mundo se llene de afásicos, retardados o idiotizados.

Y al frente de estas dos desgracias, claro es q' la esterilidad voluntaria constituye un atentado no sólo contra Dios, sino también contra la humanidad y contra la patria!

Lo mismo es homicida quien mata a su semejante, que quien impide su nacimiento!

La esterilidad voluntaria, por la facilidad del encubrimiento, hace más víctimas que la tisis, que la tifoidea y que cuanta enfermedad epidémica nos amedrenta.

En las más grandes ciudades de nuestra América, como Buenos Aires, Montevideo, Santiago, Lima, el mal es por cierto mayor que en La Paz, a la sombra del creciente cosmopolitismo que independiza y hasta irresponsabiliza por el alejamiento de las consideraciones de

orden familiar o de simples relaciones sociales y facilidad, por lo mismo, de la ocultación del sentimiento desnaturalizado.....

Por lo mismo, en La Paz, no ha sido necesario tener en cuenta las estadísticas de Francia, con sus números de matrimonio estériles y de pocos hijos; el mal, muy visible a simple vista, ha hecho impresión y el gobierno ha tenido que tomar algunas medidas, extrañando, por lo pronto, a dos profesionales extranjeras que hacían más éxito pecuniario con el ejercicio del fomento de la esterilidad voluntaria, que con el deber de facilitar los nacimientos consultados.

II

Menos mal, pero no por exento de responsabilidades morales, es el que se refiere a que la madre misma alimente a sus hijos con sus propios senos.

Existe también y cada día más notable, en fuerza del egoismo vano que se

funda en el temor al desgaste físico, como si el dar de mamar al propio hijo marchitara la lozanía de las madres amorosas, siendo así que la experiencia ha probado que la época de la lactancia es la que conserva a la mujer más sana y aun la preserva de enfermedades contagiosas según autorizadas opiniones médicas.

No se requieren, por cierto, conocimientos médicos, para apreciar en su profunda verdad, el hecho de que la madre de mediana salud es preferible a la ama de cría.

Yo no he de penetrar en el fondo de esa apreciación científica, porque no siendo una técnica en la materia, me basta afirmar que el mayor galardón de una madre es alimentar a su hijo ella misma con su propia leche. Permítaseme que en este punto, me limite a señalar el mal, a indicar la conveniencia de que, a semejanza de lo que ha hecho la República Argentina, se instituyan concursos para premiar a las madres que

presenten los mejores ejemplares de lactancia materna. Es en este orden la ayuda colectiva, la acción de las sociedades, procediendo metódicamente, puede obtener resultados positivos, salvando vidas que pueden ser muy útiles a la sociedad y que se pierden por la ignorancia de las madres, por la miseria de las bajas clases sociales.

Es necesario llamar la atención de los gobiernos para que inicien campaña encaminada a evitar que el egoísmo de las madres haga tantas víctimas en la niñez con la indiferencia y la insensibilidad. Es necesaria una acción dirigida a abrir los corazones de las madres para que comprendan que no solamente con haber dado a luz un niño fuerte y robusto han llenado su misión en la sociedad, sino que tienen el deber de alimentarlo con la propia leche durante el tiempo que la naturaleza del vástago requiere, sin limitación material de meses, si no en conformidad con la naturaleza misma;

esto es, con la necesidad de responder al desgaste que ocasionan los primeros pasos, la dentición, etc.

III

Y, si la primera infancia requiere de la madre tales cuidados, la adolescencia exige no menos atenciones. Es la edad más provechosa de la vida y protegerla y ampararla es amparar y proteger el porvenir de cada nación. Es la edad en que se forma el carácter, en que se arraigan los mejores sentimientos en el corazón; la edad en que libre el alma de perfidias y suspicacias, rompe a volar en el concurso de las actividades sociales, ansiando conquistar una palma en la batalla del progreso humano. Es la edad en que germina en las almas el ideal a cuya conquista ha de consagrar sus esfuerzos el ciudadano de los días venideros.

Permitir que la flor de este ideal se marchite en el lodo de brutales concupiscencias que destruyen todo encanto

espiritual, dejando sólo el ansia de goces materiales; permitir los padres de familia que el temperamento ingénuo de los primeros años de sus hijos se debilita y pervierta; permitir que allí donde existe el germen de un carácter fuerte y decidido brote el materialismo grosero destruyendo todo entusiasmo noble; no poner trabas a todo esto, es un grave error que la mujer debe pensar en cortar de raíz, porque en sus manos está principalmente la facilidad de amoldar el carácter y la inclinación de los hijos.

Desgraciadamente día a día en las ciudades hispano americanas va desapareciendo la vida de hogar y se acentúa la ausencia de una educación escrupulosa que indique a los niños, desde sus primeros años, las nociones y los sentimientos morales que han de ser las normas de su vida de adultos. Y la causa de este desvío social, que forma hombres y mujeres sin culto al hogar, es la vida callejera de la mujer, cada día más dedicada al cine, a los paseos, a las fiestas

que casi todo el tiempo la retienen fuera de casa.

La niñez, no solamente la juventud, se educa así en la calle, al azar de las circunstancias. Toda disciplina orientadora queda rota desde los comienzos. Existe en los jefes de familia el concepto absurdo de que su función tutelar sobre los hijos, limitase al deber de enviarlos a la escuela para que allí adquirieran la instrucción superficial que la ley prescribe. Las primeras letras, las cuatro operaciones fundamentales de la aritmética y las nociones sumarias sobre historia o geografía que dan los textos escolares, recargados en cambio con una pirotecnia científica con que se deslumbra y encandila al niño, recargándolo o apocándolo con nimiedades y pequeñeces que son pan para hoy y hambre para mañana,—son, en suma, la bandera de ese extraño concepto de la educación. Los padres más ambiciosos fijan sus miradas miopes en el codiciado título doc-

toral para sus hijos, que es la suprema conquista.

Olvidan en tanto, que la formación del carácter y de la conciencia moral, no se opera en las escuelas, sino en la vida de familia, donde no tiene ni puede tener intervención alguna el Estado. Es en el hogar, que ha sido llamado la célula del organismo social, donde se adquieren, cuando él está bien organizado, el hábito de la honradez y la cultura de los sentimientos, que es la verdadera cultura.

Pero, con el llamado progreso de las ciudades hispano-americanas, estas nociones visiblemente han desaparecido. La juventud vive su vida fuera de la casa, en los bares o en otros sitios menos inocentes.

Un caso reciente, muy comentado en Buenos Aires por revistas y diarios conscientes de su misión cultural, pone de relieve estos desvíos amenazantes, para el porvenir de nuestras democracias sociales. Con ocasión de la visita del príncipe Humberto de Saboya, se hizo

resaltar que aunque se esperaba a un príncipe caprichoso, engreído, huérfano de todo tutelaje moral, dueño de todas sus actitudes y deseoso de dar rienda suelta a los entusiasmos y a la vehemencia de su sangre moza, se vió a un muchacho inalterablemente encuadrado en el marco de las indicaciones de quienes tenían el encargo de supervigilarlo en sus procedimientos.

Se señaló el hecho, para hacer visible el contraste de este género de educación, que por cierto dista mucho de la juventud de todas las ciudades sudamericanas.

El ultramoderno concepto que se tiene, en efecto, en nuestras capitales, es de abierta guerra a la moderación y modales cultos, sobre todo, si se trata de esa juventud que surge amparada por un apellido de prestigios sociales y tiene abierta a su alcance una caja bien provista de caudales.

Esta gente moza se anticipa a su edad, y a los veinte años puede ignorar

muchas cosas útiles, puede tener aun deficiente ilustración; pero seguramente no ignora un solo detalle del complicado manual de los entretenimientos de todo orden y ha sobrepasado los límites de todo sometimiento familiar, para poder enorgullecerse de una libertad absoluta que no soporta ni la más insignificante fiscalización.

Es que nuestras escuelas, en general, son simples establecimientos de enseñanza y dejan a la familia la tarea de la educación infantil; y como la familia confía sus niños, hasta por descanso, a la escuela, la educación no está en ninguna parte.

Fuera de desear que este concepto sufriera una enmienda y que la escuela, menos enciclopédica, tendiera a cumplir la misión que los padres de familia—la prueba es evidente—, no satisfacen en el hogar.

No basta por cierto que los maestros cumplan sus extensos programas de enseñanza material; es preciso que la

escuela se convierta en un instrumento de cultura moral, capaz de llenar el vacío que se advierte en muchos hogares de la hora presente.

El hogar es piedra de toda civilización, y los nuestros no se muestran en el día suficientemente consolidados por una indispensable subordinación de los hijos hacia los padres. De éstos, la madre es lo fundamental; pero sucede entre nosotros, con bastante frecuencia, el hecho de que ella comienza por ser tal, luego se convierte en compañera de su hijo para terminar después con serle subordinada. La gerarquía moral de la madre no debiera en ningún momento sufrir trastorno alguno, y para ello es menester predicar desde todas las cátedras la necesidad esencial del respeto hacia ella en todos los instantes, máxime cuando el padre casi siempre está ausente de la casa en procura de los recursos que han de darle fortuna o por lo menos el sustento diario.

En Bolivia, la voz de alerta a este respecto se ha dado; y así como el gobierno se ha visto en la necesidad de asumir actitud frente al grave mal que ocasionaban dos profesionales extranjeras dedicadas al inhumano pero lucrativo negocio de cerrar las corrientes de la vida, —aplicándoles por tanto el extrañamiento—, ha dedicado también atención a este problema de la educación, que, a decir verdad, tal como está no permite abrigar muy halagadoras esperanzas acerca del porvenir de la generación que se está desarrollando. Con esta mira, el doctor José Gabino Villanueva, Ministro de Instrucción Pública, pasó hace poco a los rectores de los diferentes distritos de la república, la siguiente circular:

«La labor del maestro debe tender no solamente a inculcar en los alumnos los conocimientos que han de servirles para seguir una profesión o carrera. Tiene también la obligación de educarlos convenientemente para la vida de relación, de inculcarles las buenas maneras, el respeto para con sus semejantes, el

amor al progreso de su país, etc. De otro modo la instrucción resulta incompleta.

«El ministerio de mi cargo ha creído conveniente dirigirse a usted para que recomiende encarecidamente a los directores de establecimientos escolares se preocupen de que el profesorado y el preceptorado, a más de las lecciones, den a los educandos normas de conducta tendiente a la adquisición de una cultura completa. Que les hagan comprender el deber que cada individuo tiene de cuidar el patrimonio común, de no causar daño a los animales, a las plantas y a los edificios; de procurar, más bien, contribuir con su ayuda, al embellecimiento de las ciudades, que es uno de los factores del progreso de la nación.

«En la confianza de que transmitirá usted las instrucciones del caso a dichos funcionarios y que vigilará su estricta aplicación en los establecimientos que están bajo su dependencia, me repito obsecuente servidor suyo».

El rector de la universidad de La Paz respondió en la siguiente forma:

«El rectorado de mi cargo, en los informes anuales, en oficios y documentos de toda índole, ha tratado, constantemente, de inculcar en el ánimo de los profesores y preceptores de este distrito universitario, nociones claras sobre el concepto que debe tenerse respecto del rol edu-

cativo que corresponde a aquellos, independientemente de la instrucción propiamente dicha, elemental, normal y aun facultativa.

«Ha manifestado que los jardines de infantes y establecimientos de instrucción primaria y secundaria, no son sino prolongaciones del hogar, en cuanto a la educación incumbe, y que, por tanto, a fin de alcanzar una cultura integral, es necesario no omitir enseñanzas que se refieran a los deberes cívicos, al cuidado de las plantas y los animales, los edificios, etc.

«Es sensible observar que los padres de familia, en general, creen haber llenado ámpliamente su deber, con el mero hecho de inscribir a sus hijos en un establecimiento de instrucción; no siendo raro el caso de que, vuelto el educando al hogar, por uno u otro motivo, llegue a notar un contraste irrisorio entre las nociones adquiridas en el aula y las costumbres de la casa paterna.

«Coincidiendo las indicaciones que contiene su oficio, con las que siempre se han transmitido al profesorado fiscal, no puedo menos que acogerlas con entusiasmo y comunicarlas, reiteradamente, en forma de circular».

En cuanto a la educación de la mujer, muchas novedades, muchas fantasías van desviando de su cauce natural la conveniente orientación que aconse-

ja crear y afianzar la armonía entre la imaginación y la lógica; no precisamente por ladear el ingénuo temor a la invasión del «ejército de literatas» o ilusas, como por asegurar una educación consciente que proporcione a la mujer una preparación que la haga mirar la vida cara a cara y le ponga en condiciones de contribuir en la medida de sus fuerzas y de sus aptitudes al mejoramiento social.

Si se fomenta la clase de adorno en la escuela de artes aplicadas, generalmente para las hijas de padres ricos, no se debe descuidar la instrucción de las artes menudas, desde coser hasta barrer y planchar. La educación que aconsejan los nuevos tiempos con sus nuevas necesidades, debe dirigirse a restaurar no solamente el prestigio de los viejos hogares, nutridos de respeto para los padres, sino a cimentar las nuevas y sanas prácticas en la vida doméstica, para subsanar deficiencias actuales en la educación de nuestras niñas.

Dentro de esa fantasmagoría feminista de un exotismo tan contrario a las realidades de la vida sudamericana, ya es necesario pensar en la manera de oponer una barrera al ilusionismo, esto es, á esa cultura improvisada, engullida sin orden ni medida, que hace elevarse a la mujer en esta forma educada, a regiones desde donde no alcanza a divisar las materialidades de la existencia, cuando todas podemos mirar alto y revestir de belleza hasta los actos más materiales de la vida.

En estos últimos tiempos se va levantando la voz femenina en demanda de derechos electorales. Es preciso que ese feminismo que reclama derechos civiles y políticos, no se apoye sino sobre una aspiración intensa y perdurable de su propia naturaleza; que comprenda que el gran factor de la fuerza moral de la mujer, está en el hogar, en la vida doméstica, en la economía y en todas las virtudes caseras; que al ensanchar la esfera de su inteligencia, podrá agran-

dar el campo donde ejerce su influencia; pero jamás salirse de su cauce natural porque las eternas diferencias que estableció la naturaleza serán siempre más fuertes y contra las leyes fisiológicas se estrellarán todas las que se inspiran sobre una hoja de papel.....Ellas darán justicia y equidad; pero no podrán nada contra esas leyes naturales.....

Esa reacción se puede fácilmente ejecutar en todas partes. El hogar, ayudado por la escuela; la madre, secundada por el maestro, hacen al par función conjunta y de positivos benéficos resultados, tanto más preciosa cuanto mayor sea el peligro de los desvíos de la vida social.

La mujer tiene una influencia directa y ponderable en la formación del sentimiento patrio; pero a condición de que ella misma sienta y practique el culto a la patria y sepa inculcarlo en el corazón de los hijos. Su influencia poderosísima comienza en el regazo, desde que los niños empiezan a balbucear los

primeros cariños del amor maternal. La madre, desde la tibia y candorosa serenidad del nido, puede inculcar en el corazón de los niños, que no son grandes las naciones sólo por su extensión, por la fertilidad de sus tierras o por sus riquezas minerales, sino por mejor organizadas y porque tienen mayor número de ciudadanos probos y laboriosos.

A la mujer, columna del hogar, piedra fundamental de las sociedades, incumben tales deberes,

CONCLUSION

Estas anotaciones de la simple observación pueden no estar en estricta conformidad con los principios de la ciencia estricta; pero, por si ellas llegaran a valer algo en la conciencia y sabiduría de los congresales, en nombre de la **CONFERENCIA DE SEÑORAS DE SAN VICENTE DE PAUL** de La Paz, formulo las siguientes:

PROPOSICIONES

Primera: La mesa directiva del Congreso Científico Pan Americano queda facultada para insinuar a los gobiernos sudamericanos hagan cuanto esté a su alcance para evitar los males de la esterilidad voluntaria y la que proviene de la disipación de la juventud.

Segunda: Llamará también la atención de los gobiernos sobre la conveniencia de fomentar el reparto de premios a las madres que presenten los mejores ejemplares de lactancia materna, estimulando asimismo la ayuda social en ese sentido.

Tercera: Recomendará igualmente la necesidad de dar mejor orientación a las escuelas en el sentido de que cumplan su misión cultural integrista, para que llenen el vacío que se advierte en los hogares de la hora presente.

La Paz, octubre 31 de 1924.

María C. de Lara

Presidenta de la Conferencia de Señoras
de San Vicente de Paul.